

CAPÍTULO XII.

El complot.

En cuanto el P. Antonio salió de la casa del comandante, se dirigió á la casa de la viuda, moviendo las manos y agitando los labios, como el que va discutiendo en su interior algún asunto importante de esos que suscitan en nuestro ánimo las hondas disputas que solemos sostener con nosotros mismos.

Tan embebido iba en sus pensamientos, que entró en el pequeño vestíbulo de la casa maquinalmente, es decir, sin reparar que había entrado, y es casi seguro que habría penetrado en la sala de la misma manera, si un repentino tirón del balandrán que llevaba sobre los hombros no le hubiera hecho volver en sí, advirtiéndole que acababa de entrar en la casa de la viuda.

El tirón procedía de abajo, del extremo del balandrán, y el P. Antonio bajó los ojos, buscando en el suelo el autor de tan brusco recibimiento, y al verlo exclamó:

—¡Hola, César!

César contestó á la voz que de esta manera le hablaba con un dulce aullido, alzando las manos con

tal empeño, que parecía resuelto á escalar la persona del P. Antonio.

—¡Vamos, sube! (dijo éste.) Aún no tienes fuerza para saltar.

Y doblando el cuerpo, suspendió á César en sus manos, y entró en la sala, del mismo modo que lo vimos entrar la última vez, llevando un perro en los brazos; esto es, el mismo perro.

César había pasado ya de la lactancia, y estaba redondo como una bola. Una esponja empapada en leche de cabra le había servido de nodriza. Biberón ingenioso, cuya eficacia se fundaba principalmente en la paciencia de Rosalía.

Sobre los brazos del P. Antonio se deshacía César en impacientes caricias, moviendo la cola con inquietud incansable, agitando sus pequeñas manos, aullando de alegría, y elevando el hocico con impetuosos movimientos, hasta lamer las narices, no muy correctas, del sacerdote.

—¡Quieto, loco! (decía el P. Antonio, entrando en la sala.) Este animal ha perdido el juicio.

La viuda, que, como siempre, hacía labor al pie de la ventana, levantó la cabeza, y dijo:

—¿V. por aquí á estas horas?....

—Ni más ni menos,—contestó el P. Antonio.

—Eso quiere decir que debemos poner un cubierto más en la mesa.

—Sí, señora: hoy me convido, porque no tengo tiempo para volver al monasterio.

É inclinándose sobre el oído de la viuda, le dijo en voz baja:

—¡Hay grandes cosas!

—¿Otra mala noticia?—preguntó la hermana del comandante.

El P. Antonio movió la cabeza, dejó á César en el

suelo, y acercando una silla, se sentó junto á la viuda, y fué á hablar; pero se detuvo, registró con los ojos la habitación para asegurarse de que nadie podía oírle, y dijo:

—Señora, es preciso que sea V. mi cómplice.

—¡Ay, P. Antonio! (exclamó la viuda.) Hoy viene V. trágico; habla V. en voz baja; toma V. precauciones para no ser sorprendido; quiere V. que sea su cómplice.... ¿Va V. á proponerme algún crimen?

—Ríase V. cuánto quiera.... pero sepa V. que el asunto es más serio de lo que parece.

—¡Oh! (exclamó la viuda.) ¿Ocurre alguna desgracia?....

—No ocurre precisamente; pero es preciso impedir que ocurra.

—Entonces cuente V. conmigo.

—Es el caso.... que....

—Sepamos.

—Que la madre ha muerto.

—¡La madre!

—Sí, señora.

—¿Qué madre, P. Antonio?

—¡Claro está, señora!.... la madre del hijo.

—¡Del hijo!....

—Eso es.

—¡Hay en el mundo tantas madres y tantos hijos!....

Esto era cierto; pero el P. Antonio no tenía en aquel momento en su cabeza más que un hijo y una madre, y no comprendía cómo la viuda no daba en el clavo. Hizo un gesto de impaciencia, y añadió:

—Ha muerto en Sevilla.

—Muy sensible me es su muerte (replicó la viuda); pero con esos datos no es fácil adivinar de quién se trata.

—V. sabe (dijo el P. Antonio) que su señor hermano ha tenido una vida bastante borrascosa.

—La juventud (añadió la viuda) suele tener poco juicio; mas mi hermano ha cumplido ya cuarenta y cinco años, y la vida que hace prueba que al fin ha sentado la cabeza.

El P. Antonio tosió con cierto retintín, y siguió diciendo:

—V. sabe, porque yo mismo se lo dije cuando no podía pasar por otro punto, que había por medio una infeliz criatura....

—Sí, P. Antonio; me dió V. esa buena noticia, que me llenó de alegría; porque se quiere mucho á los hijos, y sirven con frecuencia para corregir los defectos de los padres. Yo no me explicaba la extraña vida que hace mi hermano hasta que supe lo que V. me dijo. Ahora me la explico perfectamente. Yo lo observaba con inquietud; pero ya estoy tranquila: mi hermano será un buen padre.

Algún picor repentino debió experimentar el P. Antonio en la garganta, pues volvió á toser estrepitosamente. Luego añadió:

—Gracias á Dios que se pone V. en camino de entenderme. Ahí tiene V. el hijo de la madre de que yo hablo.

—¿De la madre que ha muerto?

—Eso mismo.

—¿Hace poco?

—Hace dos meses.

—¿Por dónde ha sabido V. esa triste noticia?

—Por el comandante.

—¡Estará muy afligido!

Á esta pregunta, el P. Antonio no contestó nada, y hubo un espacio de silencio, que al fin cortó la viuda, diciendo:

—Es una desgracia.

—Muy grande.

—Me asusta V., P. Antonio.

—Pues á mí, señora, no me llega la camisa al cuerpo.

—¿Qué sucede?... ¡Hable V. claro!.... Me asalta la idea de que mi hermano no tenga bastante resignación para soportar esta pena que Dios le envía.... ¿Qué debo temer?

—Nada (contestó el P. Antonio): su hermano de V..... En fin, no se trata de eso.... ¡Oh! está muy resignado.

—¿Pues de qué se trata?

—Se trata de que el hijo viene.

—Es natural que, habiendo muerto la madre, quiera mi hermano tenerlo en su compañía.

El P. Antonio movió la cabeza con desaliento, dejando escapar el monosílabo más expresivo que encontró en el repertorio de sus interjecciones.

—¡Hum!....—exclamó.

—No veo (insistió la viuda) que una cosa tan justa sea una desgracia.

—¡Friolera!—contestó el P. Antonio.

—Explíquese V., si hemos de entendernos.

—Mire V., señora, el muchacho es un ángel: si leyera V. la carta que le ha escrito á su padre, se le llenarían los ojos de lágrimas, porque es cosa que parte las piedras.

—¡Tanto mejor! (replicó la viuda con asombro.) ¿Qué mal encuentra V. en que tenga un alma hermosa?

—Eso es lo que me aterra,—contestó el P. Antonio.

—¿Por qué?

—Porque....

Se detuvo, sin atreverse á descubrir á la viuda la triste situación en que se hallaba la extraviada conciencia de su hermano, porque sabía que esta gran desventura llenaría su corazón de profunda pena; pero ya no era tiempo de retroceder, y la hermana del comandante esperaba con ansia la respuesta á su última pregunta. No había contado con esta dificultad al concebir el plan que llevaba en la cabeza.

Después de buscar en su imaginación una salida al conflicto en que se veía, encontró un rodeo, y arrojando las cejas, dijo :

—Hemos convenido en que la vida del comandante ha sido muy borrascosa.

—Es verdad,—contestó la viuda.

—Pues bien : este es el caso. ¿Cree V. que hagan buenas migas el padre y el hijo?

Hecha esta pregunta, respiró ampliamente, como el que saca la cabeza del agua después de haberla tenido sumergida mucho tiempo.

La viuda le contestó :

—Me parece que la conducta que observa mi hermano no da lugar á semejantes temores.... Si el hijo es bueno y juicioso, el padre hace una vida de monje. ¿Qué razón hay para sospechar que no se avengan bien sus inclinaciones?

Nada desespera tanto al que tiene que dar una mala noticia como la torpeza en comprenderla de aquel que ha de recibirla.

El P. Antonio comprendió al fin la ineficacia de sus medias palabras, y se resolvió á explicarse claramente.

—¡Conducta! (exclamó.) Eso sería lo de menos, porque todos somos pecadores; no importa que la carne sea flaca, cuando el espíritu es fuerte; mas su hermano de V. es.... un filósofo.

No encontró la viuda nada reprochable en la palabra, porque para ella filósofo quería decir sabio, y quedose mirando á su interlocutor con verdadero asombro.

—En estos tristes tiempos en que vivimos (siguió diciendo el P. Antonio), se llama á la impiedad filosofía.

—¡Qué dice V.!—exclamó la madre de Rosalía, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos negros.

—Digo que el comandante, cuya conducta nos parece á todos irreprochable, se burla con espantosa sangre fría de Dios y de los hombres, del cielo y de la tierra, de la virtud y de la inocencia; digo que su entendimiento está lleno de tinieblas y su corazón desierto.

Este rasgo de elocuencia, que brotó de los labios del P. Antonio sin que él mismo pudiera contenerlo, debió estallar sobre la cabeza de la viuda como un trueno inesperado, porque dejó caer la cabeza sobre el pecho, cruzó las manos sobre las rodillas, y permaneció inmóvil y muda, ni más ni menos que si hubiera sido herida por el rayo.

El buen sacerdote advirtió el terrible efecto de sus palabras, y se apresuró á enmendar la imprudencia de su impetuoso sentimiento.

—Hay una esperanza (dijo), una gran esperanza.

La viuda alzó los ojos al cielo con una mirada llena de súplica.

—Ese muchacho (añadió el P. Antonio) puede ser el rayo de luz que ilumine el entendimiento de su padre; pero si lo abandonamos á su fatal influencia, no se salvará el padre, y el hijo acabará por perderse.

—¿Qué debemos hacer?—preguntó la viuda.

—Este es mi plan: yo seré su amigo, y V. debe ser su madre.

—Con toda mi alma (contestó ella). El hijo de mi hermano será para mí como mi propio hijo.

—Perfectamente.... es un gran complot, en el cual cuento con otro cómplice.

—¡Otro!

—Sí; el ángel de su guarda.

—Somos tres.

—Tres. Él ignora que el comandante es su padre; cree únicamente que es su padrino. Viene á traer un depósito que le confió su madre moribunda. Debe llegar tal vez hoy mismo, en cualquiera de los coches que suben y bajan, y aquí me tiene V. de explorador. Á las dos de la tarde pasa el coche que baja, y á las diez de la noche pasa el coche que sube. Desde aquí se oye el ruido de los cascabeles y el rumor de las ruedas, y en dos saltos me planto en la parada, porque quiero ser el primero que lo reciba, el primero que estreche su mano.

—¿Y su padre?—preguntó la viuda.

—El comandante lo espera en su casa. ¡Vamos! le digo á V., señora, que me ha llegado al corazón la carta de ese muchacho.

—¿Cómo se llama?

—¡Oh!.... se llama Gabriel.

Al hacer la viuda esta última pregunta, la figura de su hija apareció en el dintel de la puerta, sin ser vista más que por César, que se hallaba acurrucado sobre una pequeña alfombra tendida á los pies del sofá. Un gesto expresivo de Rosalía contuvo al perro, que se preparaba á entregarse á los locos extremos de alegría que siempre le inspiraba la presencia de su ama.

El P. Antonio daba la espalda á la puerta, y la

viuda tenía en aquel instante la mejilla apoyada en el hueco de la mano, absorta en sus pensamientos, de manera que Rosalía, andando de puntillas, pudo llegar sin ser sentida hasta colocarse detrás del sacerdote.

Una vez allí, tendió los brazos, y con sus manos blancas, suaves y finas cubrió de repente los ojos del señor cura.

Éste hizo un movimiento de sorpresa, la viuda levantó los ojos, y Rosalía ahogó en sus risueños labios una impaciente carcajada.

—¡Ea! (gritó el P. Antonio, llevándose las manos á la cabeza): ya está aquí el diablillo de la casa.... Suelta, muchacha; suelta, que me vas á meter los ojos en el colodrillo.

—No suelto (dijo Rosalía) mientras no me diga V. quién es ese Sr. Gabriel de que estaban Vds. hablando, porque yo no he oído más que el nombre.

—Es un ahijado de tu tío (se apresuró á decir la viuda), que acaba de perder á su madre y viene de Sevilla á ver á su padrino.

—¡Ah!.... (exclamó.) ¡No sabía nada! ¿No tiene padre?

—Su padre.... (dijo el P. Antonio) está....

Iba á mentir, y se detuvo; pero la viuda lo sacó del apuro, diciendo:

—El marido de su madre, hija mía, murió también hace tiempo.

—¡Es huérfano!....

—Sí, señorita (exclamó el P. Antonio). Huérfano.... de veinte años de edad.... gran músico.... Pero suelte V. ¡Uf! ¡qué dedos! ¡parecen tornillos!

—¿V. lo conoce?

—No te lo digo hasta que sueltes.

—¿Sí? Pues yo no suelto hasta que V. lo diga.

—Lo conozco, hija mía, lo conozco. Hace la friolera de diez y seis años que lo vi en Sevilla.

—¿Era rubio?

—Rubio.

—¿Tendría los ojos azules?

—No, tenía los ojos pardos.

Al dar esta respuesta sintió el P. Antonio que empezaba á ceder la presión de los dedos de Rosalía, y añadió:

—Pardos, muy pardos, muy grandes y muy hermosos. ¿Estás contenta?

—Sí,—contestó la hija de la viuda, retirando sus manos de los ojos del P. Antonio.

—Pronto lo conocerás (añadió la madre): y te advierto que debes quererlo como á un hermano.

Rosalía llamó á César, que saltó sobre su falda, y comenzó á acariciarlo con aire distraído.

—¡Ah! (exclamó el P. Antonio, restregándose los ojos.) ¡Qué hermosa es la luz!....

—¡Gabriel! (dijo Rosalía.) Es nombre de arcángel.

Después preguntó:

—¿Y cuándo llega?

—Quizá esta tarde (le contestó el P. Antonio). Tal vez esta noche, y lo más tarde mañana.

—¡Jesús qué memoria tengo! (exclamó Rosalía de repente.) Venía á decirle á mi madre que era ya la hora de comer, y se me ha olvidado.... ¡Buena estará la sopa!

—Hay que poner un cubierto para el P. Antonio (advirtió la viuda dirigiéndose á su hija), porque hoy quiere honrar nuestra mesa.

—¡Ajajá!.... (exclamó Rosalía.) Hoy come con nosotras.... Me alegro.... porque he hecho una tortada, que se va á chupar los dedos.... Ya sabe él lo que se hace.

Y sin añadir más palabra, salió corriendo, seguida de César, que saltaba á su alrededor ladrando de contento.

Á los pocos instantes volvió á entrar, cogió al P. Antonio del brazo, y se lo llevó casi arrastrando, mientras él se dejaba llevar, diciendo entre dientes:

—¡Loca.... Loca!....

Detrás de ellos salió la viuda.

La comida reunió estas cuatro circunstancias: limpia, sana, breve y silenciosa. Parecía que cada uno de los tres comensales estaba llamado al interior por la fuerza reflexiva de algún íntimo pensamiento. Es decir, que no se comió mucho, y se habló poco. Tales son, por lo menos, las noticias que yo tengo.

Antes que se levantaran los manteles, el P. Antonio dió gracias, recitando la oración acostumbrada entre las gentes que saben agradecer los beneficios que Dios nos envía, pues todos vienen de su mano.

Cumplido este deber de piadosa gratitud, el P. Antonio se levantó de la mesa, y aplicando el oído, dijo:

—Abí está el coche.

La viuda confirmó estas palabras, añadiendo:

—Sí; el coche es.

Ambos se miraron con esa expresión de inteligencia con que se animan los cómplices en el momento en que el complot va á realizarse.

Viendo Rosalía que el P. Antonio se encaminaba hacia la puerta de la calle, lo siguió, y antes de que saliera le tiró suavemente del balandrán, preguntándole.

—¿Donde va V.?

—Voy á esperarlo (le contestó): es decir, voy á recibirlo.

La hija de la viuda lo dejó salir, sin hacerle más

preguntas, y trayendo una silla, se sentó en el vestíbulo. Cada vez que oía pasos en la calle bajaba la cabeza, miraba de soslayo hacia la puerta que estaba entornada, y se ponía á hacer y á deshacer nudos en los extremos del cinturón que sujetaba su bata.

Poco después volvió el P. Antonio con la noticia de que el viajero esperado no había venido, y se despidió hasta la noche, porque como el otro coche no llegaría hasta las diez, tenía tiempo de sobra para dar una vuelta por el monasterio.

Entonces Rosalía abrió el piano, y dejó correr los dedos por las teclas, saltando de una melodía á otra, de un canto á otro, como si las manos participaran de la inconstante impaciencia de sus pensamientos.

Á la noche se sentó en la ventana, detrás de la cortina que la cubría, y esperó.

¿Qué esperaba?

No hay por qué ocultarlo. Había llegado ya el segundo coche, y el P. Antonio había salido á escape á recibir al viajero, y para ir á la casa de su tío tenían que pasar por delante de la reja. Esperaba, pues, verlo. ¡Curiosidad bien inocente!

En efecto: al poco rato se oyeron pasos por el extremo de la calle, y Rosalía, conteniendo la respiración, toda se volvió ojos y oídos.

Los pasos eran dobles: señal evidente de que venían dos personas.

Así era la verdad, porque á la luz tristísima de un farol que agonizaba en la esquina, vió pasar dos sombras silenciosas, en una de las que reconoció inmediatamente al P. Antonio; la otra no podía ser más que el viajero esperado. Detrás de ambas iba un mozo cargado con una maleta.

Á pesar de la escasa luz que alumbraba la calle

y de la rapidez con que las sombras pasaron por delante de la reja, pudo observar tres cosas : Primera, que el recién llegado era alto, que iba rigurosamente vestido de luto, y que llevaba con gracia la gorra de camino.

Apenas doblaron la esquina, Rosalía corrió á su pequeño jardín, y desde allí observó el movimiento producido en el interior de la casa por la llegada del huésped.

Vió luces que iban y venían ; sintió el rumor de puertas que se abren y se cierran; oyó la voz de Gil, la voz de su tío, la voz del P. Antonio.... y creyendo indiscreta su presencia en aquel sitio, pensó retirarse; pero le pareció una insigne descortesía no dar antes las buenas noches á las preciosas flores que á su alrededor exhalaban los últimos perfumes de la primavera, ó, lo que es lo mismo, quería hacerlas cómplices de su curiosidad.

Dió vuelta á las azucenas, aspiró el perfume de los jazmineros, contempló los rosales, y se detuvo delante del hermoso clavel á cuyas dobles hojas había acercado aquella misma mañana sus labios, para olerlo ó para besarlo; pero el clavel había desaparecido; el tallo, cortado por la mitad, daba seguro testimonio del triste suceso.

¿Quién podía ser el autor de aquella catástrofe?.... Ni el aire, ni los pájaros.... ni César. ¿Su madre?.... ¡Imposible!.... ¿Bertá, la pobre muchacha que las servía?... Tampoco. Ninguna de las dos se lo hubiera ocultado. Aquello era obra de una mano invisible, de una mano traidora.

Su corazón pasó de la curiosidad á la tristeza. Nada se oía ya en la casa de su tío, cuyas altas paredes parecían sumergidas en la oscuridad y en el silencio.

Rosalía abandonó el jardín con el corazón oprimido por un peso extraño, tan oprimido, que, antes de besar á su madre para retirarse á su dormitorio, tuvo que enjugarse los párpados, porque algunas lágrimas habían acudido á sus ojos.

Yo no sé explicar este misterio de su corazón, y ella misma tampoco sabría explicarlo.